

## Tejedor de sueños

Para Pepe,  
Corazón de paloma

En la vida colectiva los dirigentes, caudillos o capitanes, han gozado de mayor visibilidad y prestigio, que aquellos que estuvieron empeñados en entretejer y anudar vínculos y no en sobresalir sobre las tarimas. Incluso las palabras urdir y tramar, relacionadas con el arte de tejer, tienen mala fama y se las vincula con complots, conjuras y manejos oscuros. ¿Será porque la urdimbre y la trama son las que respaldan el tejido desde la penumbra, sin ostentar sus dotes?

Entre los nuestros hubo muchos tejedores que fueron hilvanando movimientos, sin gestos grandilocuentes ni ademanes autoritarios sino aguzando los sentidos para ligar hilos con hilos. Este arte requiere mucha sensibilidad, en la vista, en los dedos, en los sentidos todos para no perder detalle y actuar con la finura que el oficio requiere. Dicen los quechuas que se teje con el corazón.

Pepe fue un tejedor. La creación del Ateneo Heber Nieto, a fines de la década de 1990, fue el fruto de un tejido de largo aliento que, probablemente, haya sido

iniciado en el Espacio A. O antes incluso. En este espacio confluyeron personas con trayectorias bien distintas, desde anarquistas intransigentes hasta marxistas despistados, pasando por las diversas gamas del libertarismo. Convivimos los medio veteranos con los medio jóvenes; varones y mujeres; ex presas y exiliados; hasta algunos contumaces votantes de la izquierda realmente existente.

Convivir esas diferencias nunca fue sencillo. Ni siquiera en los mejores tiempos. Siempre hubo que refrenar sin domesticar; contener sin someter porque, se sabe, la militancia está desbordada de intransigencias que se derogan la convivencia o, en el mejor de los casos, la convierten en un pequeño infierno del que empiezan a desertar ellas primero y los jóvenes después.

En este arte de cohabitar las diferencias, Pepe mostraba una paciencia casi infinita, no exenta de broncas sin exabruptos. Mostraba en esa paciencia la calidez del tejedor, serenidad sin resignación, para

sacar lo mejor de cada hebra, trenzándola con otros colores, calibres y texturas. No se trataba de encontrar el equilibrio por el lado de lo políticamente correcto, sino algo diferente que no viene en los manuales: dejar fluir y hacer de ese flujo, del encuentro desordenado de las diferencias, el ámbito y el modo de la creación de lo nuevo, que se iba pariendo a tientas.

En base a lecturas e intuiciones, pero sobre todo sedimentando su propia experiencia, fue forjando una visión propia del mundo deseable en el que aventaba los fantasmas del autoritarismo y abrazaba un autonomismo que nunca supimos definir, porque era apenas un sextante armado artesanalmente, que era su oficio preferido por imperfecto e inacabado. ¿Cómo entender, si no, esa pasión por el encuadernado de libros descosidos? ¿No era, acaso, su modo de poner las manos en el arte pulcro y refinado del artesano?

Su vida fue de una coherencia casi insultante. Cosía libros con la misma

“ – Sueña, Juan.  
Que para tantas cosas juntas  
no hay tiempo. Y al fin,  
todo vendrá a su tiempo”

L. Falco

obstinada dedicación que entretejía lazos para poner en pie ateneos, editoriales, ferias de libros, revistas y una diversidad de espacios que tenían en común ser medios para conseguir fines que, invariablemente, eran los lazos humanos. Creo que ese fue el corazón de su compromiso de vida y de su coherencia: un gigantesco esfuerzo para poder relacionarnos, en una amplia explanada donde la horizontalidad manda y los demás la obedecemos.

En casi veinte años el Ateneo nunca dejó de ser autónomo, algo que pocos colectivos pueden decir. Aún al precio de la precariedad; de la marginalidad incluso. Nunca se pretendió llegar a grandes «masas», como mandan los evangelios de las izquierdas. «Si nos convertimos en algo importante –decía Pepe con otras palabras pero el mismo sentido– llegarán los partidos y otras instituciones a parasitar el espacio, a usarlo para su acumulación de fuerzas». Si fuimos marginales –una terminología que supone la existencia de

un centro– fue por elección consciente, no por errores ni por mal hacer.

Lo que cuenta es la sobrevivencia en la coherencia. Sin ésta, caminamos sin rumbo, a la deriva. Nunca quiso Pepe actuar como timonel, marcando el paso de los demás. El tejedor actuaba de otro modo, similar al que aprendí de los aymaras del altiplano boliviano. «Dirigir desde atrás y desde adentro». Como el arriero, cuyo trabajo consiste en evitar que algunos miembros del rebaño se extravíen, para mantener al conjunto en el camino.

Ahora que ya no tenemos Ateneo, ni lo tenemos a Pepe, ahora es tiempo de pensarlos y de sentirlos; de soltarlos también, para que su memoria vaya remontando como las cometas, brinque en las alturas hasta descender en otros mundos que la acunarán alborozados cuando descubran...

Raúl Zibechi

Montevideo, noviembre de 2018

